



Neven Ušumović nació en 1972 en Zagreb. Es licenciado en filosofía y literatura comparada por la Facultad de Filosofía y Letras de Zagreb. También ha estudiado húngaro y turco. Sus traducciones de prosa húngara se han publicado en varias revistas. Ha realizado la antología de relatos húngaros *Zastrašivanje strašila (Intimidar a un espantapájaros, 2001)*. Ha publicado: *7 Mladih (cuentos, 7 jóvenes, 1998)*, *Ekskurzija (novela corta, Excursión, 2001)*.

## MAESE PRPOŠ SE JUBILA

**E**sa mañana, en la que maese Prpoš se jubilaba, se reunieron todos los tranviarios en el barrio de las cocheras, en el bar de Đelmani.

*Sz'ephelyeink'ert m'eg v'ert is "ontenek"¹.*

Đelmani con el ceño fruncido abrió la puerta de su mísero bar y permitió que los tranviarios taciturnos entraran; enseguida les juntó dos mesas y fue a poner el café.

Štef sacó la botella de aguardiente y fue detrás del mostrador para coger los vasitos. Draž cogió la botella y empezó a agitarla: "¡Qué bueno!".

Jura puso una caja de Korona sobre la mesa, cogió un cigarro y lo encendió. Los demás lo imitaron.

—¿Cuándo llega maese Prpoš?

—Ha dicho que hacia las cinco estará aquí.

—Al menos hoy podría tener un cielo despejado, pero parece ser que no va a tener tanta suerte.

—Pues no, no la va a tener.

Štef arrojó los vasos sobre la mesa, de modo que tuvieron que sujetarlos apresuradamente para que no rodaran por el suelo.

—Venga, ¡por Prpoš!

Abrió la botella y llenó los vasos. Todos se despabilaron, aferraron sus vasitos y cada uno para sí mismo murmuró el brindis. Mientras, Štef apuró el trago y se sirvió inmediatamente otro.

—No se puede decir que no se lo ha ganado, sí señor, se lo ha ganado con creces.

Desde que estoy yo aquí, muchachos, él ha conducido estos tranvías; dicen que ya lo hacía en la Segunda Guerra Mundial. Y ya veis, le ha tocado pasar otra. Así son las cosas.

Đelmani encendió la radio y trajo el café. En algunas ciudades ya habían sonado las alarmas antiaéreas.

*Neh'ez a k'onny"u penna is...*

Dos tranvías torcieron, uno tras otro, eran las cuatro.

–Se va nuestro maese Prpoš, se va, ¿eh?

–Se va.

–Ay que joderse, ya ves, a pesar de que es húngaro, nunca ha protestado por nada, un buen hombre, un buenazo.

–Pues claro... Hay buena gente entre nosotros, y no hace falta que sean croatas, ahí tienes a Dragoljub...

Todos miraron a Dragoljub. Y el gordo Dragče en lugar de hacer comentarios se acercó a la mesa y sirvió otra ronda de aguardiente.

–Venga, ¡por Prpoš!

–¡Por Prpoš!

*H'ej hal'aszok.*

Maese Prpoš ya estaba allí, en los alledaños. Llegaba caminando por la orilla del arroyo. Se entretuvo un poco junto a la fila de árboles que habían cortado el día anterior y que bordeaba un edificio bajo color rojo desteñido. Quizá lo habían hecho para que entrara más luz por las ventanas, y parecía como si lo hubieran preparado para él: esa hilera de árboles, con el rumor de sus hojas, lo serenaba y acompañaba cada amanecer antes de que se dedicara al chirrido de los tranvías. Luego se detenía en el pequeño puente contiguo al café de Đelmani y miraba al arroyo que a duras penas se abría paso a través de la rueda que había en medio del lecho. “Insuficiente, insuficiente...”, pensaba. Y para sí mismo exclamó un “¡A la mierda!”.

*Sz'eki n'egyed 'es cs'ard'as.*

Cuando abrió la puerta todos se levantaron.

–¡Ehhh! Maese Prpoš, vamos siéntate y sírvete.

–¡Ave María Purísima! ¡Ya habéis empezado, con lo temprano que es!

–¡Pues por ti, Prpoš, por ti! –dijo Štef.

–Bueno... ¡pues vamos allá! –sacó la botella de brandy y la puso en la mesa. Los hombres sabían que se trataba de la botella de la que les había hablado, la que había guardado precisamente para ese día: sin etiquetas, de grueso vidrio color verde oscuro, y dentro, un líquido negro y turbio que se traga toda la luz.

–¡Ah no! –dijo Štef–, esa guárdatela para ti. Vale demasiado para derrocharla aquí con nosotros. ¡Ale, toma un lingotazo de este aguardiente, nosotros de todos modos no debemos seguir bebiendo!

Maese Prpoš contempló los rostros de sus compañeros sujetando en la mano su botella. Todos apartaron la vista. El la guardó. Abatido, aceptó el vaso. Se lo tomó de un trago, y sólo cuando lo soltó, se acordó:

–¡Uy, salud! Yo...

–No pasa nada –atajó de nuevo Štef–, uno más, venga, ¡salud!

–¡Salud!

–¡Salud!

Los tranvías ya hacían sonar sus campanas y cambiaban de dirección. La mayoría tenía que irse. Desearon suerte a maese Prpoš y se fueron. Jura alegró un poco la cosa. Le regaló a Prpoš el tranvía 11 hecho con cajas de cerillas. Había pintado tres cajas de azul claro, doblado un poco los lados y con un bolígrafo había escrito el número delante y detrás. Prpoš se reía abrazando al loco de Jura.

–Eres genial, de verdad.

Jura le recordó cuando chocaron los tranvías a la entrada de la calle Proleterska, y él salió para partirle la cara, mientras que maese Prpoš, borracho como una cuba, zigzagueaba aquí y allá:

–¡Vamos Jura, baila una zarda, vamos!

Todos empezaron a reírse. Y Prpoš dijo:

–Bueno, bueno, no sería para tanto.

Al final, alrededor de las seis, se vació la botella. Había que ir a trabajar. Đelmani invitó a Prpoš a una copa de brandy. Y luego, lo mandó a su tranvía, el 11, por última vez.

*'Uti Misk'ae 'es lass'u magyaros*

En la parada de Črnomerec esperaba una muchedumbre. Una señora con un gato.

Amanecía, pero como si no. Después de un par de trayectos se quitó la gorra.

En el semáforo de la plaza de Francia se miró los puños. Estaban delante de él, apoyados en el volante. La policía, los soldados, los sacos de arena azules ante los orificios de los sótanos.

Se rió sólo de pensar que hoy también podría sonar la alarma.

En la plaza de la República, Grga, el vendedor de periódicos, había vuelto a beber: saltaba y agitaba las piernas sin mover las rodillas agarrotadas, sólo Dios sabe lo que gritaba. Y una mujerona gorda estaba de pie, con las manos en las caderas y no le quitaba los ojos de encima. Como si eso fuera a cambiarlo.

Otra vez un chaval colgado de la puerta.

Se acuerda de algo, pero no consigue saber exactamente de qué.

Hoy tampoco saldrá el sol. Y es viernes.

En la plaza de la República entra una mujer muy furiosa con un niño. Le reprocha: “Va con retraso, ¿cómo es posible?”. Pues ya ve, señora, no es tan difícil. Siéntese, eso no es tan difícil. Sólo estate atento y para cuando la línea naranja de tu semáforo te lo diga, dice para sus adentros.

*Mese*

En el bar “Šestica”.

—¿Qué tal maese Prpoš? ¿Se acabó el trabajo?

—¡Ay hija, se acabó para siempre!

—No es posible, ¿se jubila ya?

Maese Prpoš esbozó una sonrisa y se sentó en la barra. Sacó su botella.

—Dos vasitos.

Se los bebieron.

—Maese Prpoš, yo no puedo más. Uf, esto pega, ¡me han entrado unos sudores...!

—Entonces no bebas más, ni hablar. Tienes que conservar tu belleza, pero yo seguiré hasta el final.

¡Ay, cuando yo me quitaba el uniforme...! Enseguida a la calle. Daba igual que quisieras o no. Un litro, dos, ¡sin ningún esfuerzo! Y a la camarera, ¡un pellizco en el culo! ¿Y qué? No tenemos nada que guardar. Ya ves, mira, un vaso (lo apuré), dos (lo apuré), tres. ¡He aquí la historia! ¡La vida entera!... JA, JA, JA. ¡Ay mi Prpoš, dónde has ido a parar! Y antes de la guerra era *Herr*, sí *Herr*, como lo oyes, mujer. Sí, sí, corbata, de esas estrechitas, pero de tela buena y suave, en una camisa blanca y limpia, chaqueta y zapatos, de punta, y brillantes como un espejo, en serio. Un auténtico *Herr*. Y Budapest... Ésa sí que es una ciudad, y no ésta. En cuanto das un taconazo tienes todo lo que te hace falta, para comer, para beber, para follar... Eh, ¿te ríes, querida?, te ríes de *Herr* Prpoš, pues mira: uno (lo apuré), dos (lo apuré), tres. Así es. La vida entera... ¿Sabes de dónde soy? No, claro. ¿Cómo ibas a saber tú algo de los Prpoš? ¿Quién me conoce aquí? Nadie, querida mía, nadie... de los Prpoš... de Gy'ek'enyesa... Y eso está aquí cerca, al otro lado de la frontera. Por eso terminé en este agujero, porque está increíblemente cerca. Allí yo quería ser carpintero. ¿Conoces ese trabajo? Pero qué vas a conocer tú. Pues eso, cuando coges una tabla y la pules lentamente, la pules hasta que cada línea se convierta en una veta, un color como sólo puede tener ese listón y ningún otro. Pero qué podéis saber vosotros de eso. Y ahora, mira: uno (lo apuré), dos (lo apuré), tres. Así es. La vida entera... Uf, perdona chica, se me ha escapado un cuesco. ¡Estimados clientes, perdonen! Prpoš, *Herr* Prpoš los perdona. Pero sólo por hoy. Después, ¡se acabó! Después, al que pille por banda se acordará de la madre que lo parió. Preguntad, preguntad cómo impuso Prpoš el orden en el tranvía, allá por el sesenta y cinco. Eso sí que fue una purga, eso y no lo que cuentan. Los soldados, la policía, esto, aquello, ¿y Prpoš? ¿Quién tiene en cuenta a maese Prpoš. Y ahora, mira: uno (lo apuré), dos y... no hay más. Me largo. A tomar por culo. Salud.

*Juh'asz Andr'as*

Maese Prpoš está sentado. Tiene un cuartito en Črnomerec. Lo arregló su hermana antes de morir de neumonía. Tiene un pequeño televisor y un casete con radio. Y tiene sólo una cinta: *Ber'ecz Andr'asa*. Ahora está sentado y mira la funda de la cinta. Todo le da vueltas, y los bigotes de Andr'asa son como un barco. Navegan, suben y bajan, y de nuevo se hunden, brillo dorado.

Deletrea los títulos de las canciones: *Sz'ephelyeink'ert m'eg v'ert is "ontenek Neh'ez a k" "onny" u penna is...; H'ej hal'aszok...; Sz'eki n'egy es cs'ard'as 'Uti Misk'ae 'es lass'u magyaros Mese Juh'asz Andr'as Keserves 'es hajnali Ha mad'ar j"o...; Vajdahamar'asi cs'ard'as Bonchidai ritka magyar Most van esztendeje*. Deletrea y el significado de las palabras

baila ante sus ojos como las cosas de la habitación.

*Keserves 'es hajnali*

Cuando murió su hermana se quiso matar. Cantaba gimiendo y borracho volvía de Gy'ek'enyes, de su entierro. Andaba a lo largo del tren y con las plantas de los pies golpeaba el suelo bailando al ritmo de la canción que tarareaba y ahogaba en la garganta. Se golpeaba contra las paredes del pasillo. Buscaba al conductor de ese tranvía para partirle la cara y demostrarle cómo lo hacía maese Prpoš.

La fotografía de su hermana estaba en la mesilla junto a la cama. Era antigua, de cuando era joven, descolorida, amarillenta y, en algunas partes, con trazos indefinidos. Llevaba un vestido oscuro con unas rayas claras apenas visibles en el pecho, la cabeza envuelta en un pañuelo que difícilmente se distinguía del fondo blanquecino. Su cara reflejaba tranquilidad, aunque no sonreía. La nariz, en particular, llamaba la atención, con su fina línea que se desdoblaba bajo las fosas nasales, hacia los labios.

*Ha mad'ar j''o...*

Abrió la ventana. La noche había llegado, ante él, firme e inmóvil.

*Vajdahamar 'asi cs 'ard'as*

Entonces encendió la televisión. Estaban las noticias, un encuentro de Tuđman con los refugiados. Le hablaban de sus sufrimientos y él los escuchaba. Hablar, contarle a alguien la vida de uno, a alguien que sepa escuchar, ¡alguien como Franjo Tuđman! ¡O, al menos, escribirle una carta!

Pero no tenía papel. Nada, salvo un lapicero ancho y cuadrado, recio, un lapicero para escribir a Tuđman. Él lo entendería todo.

Se arrodilló en la cama que estaba pegada a la pared. Irguió la espalda y alzó muy alto la mano para que cupiera todo lo que pensaba escribir. Lo escribió en el papel de la pared que era de color arena y rugoso. El lápiz se atascaba.

Querido presidente nuestro, estimado señor y doctor Tuđman. Usted, seguramente no me conoce; me llaman maese Prpoš. He sido tranviario hasta ahora, justo hoy me he jubilado. No soy croata, pero vivo en Croacia desde la guerra. Amo a nuestro país, puede creerme, señor presidente. Lo que usted hace es bueno, sabía que con usted iba a ser así. Voté y ganó. Pero ahora señor presidente, soy un hombre acabado. Me gustaría luchar por nuestra patria. Cuando era joven quise ser carpintero, en Hungría aún. Estuve en Budapest. Mi padre, toda la familia, labró los campos, y yo quería ser carpintero. Y entonces, empezó la guerra. Vine aquí. He conducido el tranvía, el número 11 sobre todo, y hoy también me lo han dado. Por última vez. No tengo a nadie. Mi hermana ha muerto. Vivo en Črnómerec. Venga usted a nuestra calle alguna vez. Todos estamos con usted. ¡Amamos a nuestra Croacia!

Le desea lo mejor

Janos Prpoš

*Bonchidai ritka magyar*

Dejó el lápiz al lado de la tele y la apagó.

Satisfecho, pasó los dedos por el papel, por las letras. Entonces se acordó. Estaban sentados en el colegio y esperaban al maestro. El día era precioso, una golondrina había anidado en el marco de la ventana pintado de blanco. El maestro dijo: "Niños vamos fuera, no podemos trabajar con semejante día, ala, fuera". Todos gritaron de alegría, incluso el maestro. Y Janos saltó hasta María, la abrazó y con un susurro le preguntó: "¿Y yo?".

*Most van esztendje*

---

<sup>1</sup> Esta frase y las siguientes aparecen en húngaro en el original (N. Del T.)